

Y dice de esta manera: *Fui llevada al cielo, que lo había bien menester, donde vi lo que no sabré referir... Diré lo que supiere significar. Vi que me pusieron en una grandísima ciudad resplandeciente y cristalina, y muy adornada de grandes riquezas y de jardines bellísimos de diversas y hermosas flores con suavísimo olor... Mucha armonía y diferencias de músicas con orden y concierto tal como del cielo; a esta ciudad no la vi fin... Su adorno eran todos aquellos espíritus gloriosos. Mi alma puso su vista en aquel Soberano Principio y fin de todos los bienaventurados, y teniéndola fija en aquel preciosísimo pecho, veía en él a todos los bienaventurados y toda la gloria, de manera que no tenía que mudarla ni variarla...*

*Vi aquella suma grandeza, poder y bondad de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo... y su hermosura y belleza, resplandor y gloria suprema... de donde procede toda la de los bienaventurados... Estando mi alma gozando de la vista gloriosísima de la Humanidad; santísima de Nuestro Redentor y de la amable presencia de su Santísima Madre y de toda aquella máquina de hermosura y gloria de los bienaventurados, sentía una sed y ansia amorosísima de ver la esencia divina de la Santísima Trinidad, sintiendo mi alma que no poseía todo lo que había en aquella bienaventuranza, y así, abalanzándose el alma a buscar aquel tesoro de quien le daban una muy clara noticia, se reparaba y tenía la vista en la Sacratísima Humanidad, sin poder pasar más adelante..., conociendo que aquella luz es superior a su capa-*

*cidad..., que la visión beatífica de que gozan los bienaventurados no se nos concede ver mientras vivimos.*

*Vi que por un modo maravilloso... se repartía la gloria a todos los bienaventurados..., llenándoles de gloria y dándoles a cada uno los grados según las virtudes que en la tierra habían obrado..., y por serlo en el más alto grado su Santísima Madre... es la que más copiosamente recibe gloria de aquel Soberano pecho, comunicándola altísimo amor.*

*Vi que el Hijo de Dios y su Santísima Madre se... gozan y comunican sin ruido de palabras... La gloria, belleza y hermosura de esta amable Señora nuestra no se puede significar... Los ángeles... y todos los bienaventurados... la bendicen y sirven como a su Reina... Vi su trono, que estaba adornado con los levantados coros de los Querubines y Serafines... La hermosura y belleza de estos divinos espíritus es tan grande, que... basta haber dicho que participan tan de cerca de la de Dios... Y todo cuanto hacen no es con ningún ruido, que en aquella soberana ciudad no se oyen sino suavísimas músicas y gran quietud y sosiego...*

*Vi que después de la Madre de Dios... están los más cercanos a Dios los coros de los Apóstoles, Evangelistas y los Doctores, Patriarcas y Profetas, muy más aventajados en gloria que los demás bienaventurados y santos... Vi aquellos coros dichosísimos de los mártires con unos resplandores de gloria maravillosísimos, muy victoriosos y con gran alegría..., dándoles el ciento por uno que les prometió... Vi los coros hermosísimos de Vírgenes y Con-*

*fesores... con admirable belleza, claridad y resplandor... Vi a todas las religiones alabar a su Criador..., y estas almas bienaventuradas resplandecían más unas que otras, manifestándose en esto haberse señalado más en cumplir sus obligaciones más perfectamente y en haber tenido más pronta obediencia..., y los Fundadores mucho más arriba y con más resplandor y gloria... Vi todas las almas de los bienaventurados con una hermosura, claridad y resplandor, que ponía admiración; todas con admirables muestras del gozo que poseían...*

*Vi a Nuestra Santa y amada Madre Teresa de Jesús con muy gran gloria y hermosura... Mostróme muy particular agrado, y a mi alma le causó muy gran gozo y gloria el verla que gozaba de tanta, porque en el tiempo santo que vivió la amó muy tiernamente.*

*En esta soberana ciudad, tan hermoseedada... como la lucerna de ella es el Cordero..., con cuyos rayos ilustra a todos los bienaventurados reverberando en ellos y enlazándolos con aquel amor paternal con que nos redimió, es tan grande la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza toda de cristal, que estuviese asentada sobre muy fino oro y le diese muy de lleno el sol; que el de justicia la llena de muy soberana luz, y allí en ninguna manera hay ni puede haber sombra no sólo de los espíritus que aun no tienen sus cuerpos, mas cuando estén todos los bienaventurados juntos, en ninguna manera habrá sombra en el cielo...*

*La grandeza inmensa de Dios, de donde nace y en quien está toda la bienaventuranza, es tan inexplicable*

*materia, que lenguas de serafines no bastarían ni lo podrían hacer enteramente; que como este gran Señor es infinito y su gloria y bienes son infinitos, no se pueden numerar ni comprender. Pues yo... ¿cómo podré hablar de esto ni referir lo que allí vi? Sólo quisiera manifestar el gozo que a mi alma dio y da todas las veces que el Señor me hace merced alentar mi alma refrescándome en la memoria aquella bienaventuranza... Así me es gran ayuda para pasar esta trabajosa vida. Y también es muy penosa por verme en ella... ausente de toda aquella felicidad donde todos le agradan y gozan sin temor de poderle perder. Esto me causa un ansia en el alma que parece quererle salir del cuerpo, haciéndose muy pesada su carga.*

*De esta merced que el Señor me hizo fueron grandes los efectos que me quedaron, con un desengaño y verdad muy asentada en el alma<sup>30</sup>.*

91.—La venerable Ana de San Agustín, un poco más joven que Santa Teresa, fue muy amada de la santa, y tuvo una vida espiritual de comunicaciones y visiones sobrenaturales muy extraordinaria, como fueron muy extraordinarias sus virtudes. Está incoado el proceso de beatificación.

30. Fray José de Santa Teresa: *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen...*, lib. 16, cap. 33, Como indican los puntos suspensivos, se ha abreviado la relación y los detalles que escribió la Venerable, copiándose lo sustancial. Muchos detalles, aunque dan alegría al espíritu, no aumentan la claridad principal del cielo y por eso no los transcribo.

En esta visión describe el cielo en parte semejante a la descripción y a la noción que dio San Juan en su Apocalipsis. La descripción del Apocalipsis fue de una influencia muy grande en todas las almas. Habla la venerable de que vio una ciudad sin fin, no tan semejante a las de la tierra como la vio el Beato Juan Grande; sólo menciona jardines y música y flores. No describe más detalles que se asemejen a los de la tierra. Vio a personas, pero no el cuerpo, sino el espíritu, como los ángeles. Vio el trono de Dios y de la Virgen. Son, como otras veces he advertido, visiones del cielo y de los bienaventurados, pero no vio el cielo ni estuvo en el cielo. Dios es espíritu puro y no tiene trono como los reyes de la tierra ni percibió las armonías ni flores y fragancias con sus sentidos. Las vio en visión intelectual o imaginaria; las vio el alma, con su inteligencia, no con los ojos del cuerpo.

En otro aspecto hace resaltar la espiritualidad no sólo de la gloria de los bienaventurados, sino del modo de verlos y presentarlos. Advierte, como veremos, que se hablan y comunican los ángeles y bienaventurados en silencio. El sublime silencio del cielo, que nos es incomprensible, donde ella oye todas las armonías y la comunicaban todas las altísimas verdades. La descripción nos da una noción y una concepción superior a la que puede tener el hombre.

Pero tampoco con esta visión me puedo formar una idea o una imagen clara del cielo, como yo de-



seaba y lo deseamos todos. El cielo es sobre toda imaginación y concepción. Aun cuando los santos hubiesen visto el cielo con los sentidos del cuerpo, no sabrían expresarlo y menos podríamos nosotros formarnos idea clara a manera humana. El cielo es sobrenatural. Muchas veces percibieron algunos santos esas armonías y bellezas con los sentidos del cuerpo, pero era principalmente percepción del alma, que repercutía en el cuerpo, y muy rara vez se hizo perceptible a los que acompañaban al santo.

Narra la vida de San José de Tolentino que los últimos seis meses oía la música armoniosa de los ángeles, y con él la oían también otras personas<sup>31</sup>. Nos dijo Santa Catalina que había estado muy cerca de las puertas del cielo y oído sus dulcísimas armonías en una enfermedad en la cual su cuerpo estuvo como muerto. Oyó San Francisco el concierto que le dio el ángel, y por las vibraciones del sonido, más o menos cercano, parecía ser como de quien paseaba. ¿Lo oían y veían con los sentidos del cuerpo o sólo dentro, en la imaginación o en el entendimiento? La Beata Ana de San Bartolomé dice: Estando en la oración —me figuro que estaba con la comunidad— me mostró el Señor la gloria de todos los bienaventurados, como los vio Santa Ángela de Foligno. No lo pudo ver con los ojos del cuerpo. Cuando los que están en su compañía no lo ven es porque no es

31. P. Juan Croisset: *Año Cristiano*, 9 de octubre.

visión con los ojos del cuerpo, sino imaginaria o intelectual, como suelen ser esas visiones y son mas perfectas y seguras que las sólo corporales. Así San Silvino decía al morir: «¿No ven la copia de ángeles que vienen?»<sup>32</sup>. Los veía él dentro de sí, como veía la Beata Ana de San Bartolomé en la muerte de Santa Teresa los numerosos santos que venían para acompañar su alma al cielo. Los veía ella con su alma, no los veían los demás. No son visiones corpóreas, sino interiores, espirituales. El santo no está en el cielo. Aquello es sólo una visión del cielo que tiene el santo. Son visiones comunicadas por Dios, no la realidad del cielo. No sé si me doy a entender.

92.—La Madre Casilda de San Agustín, al narrar la altísima merced que Dios la hizo, víspera de la Virgen del Carmen, dice: *Vio a Nuestra Señora intelectualmente, con un grande y copioso ejército de religiosos y religiosas con el sagrado hábito; unos, con grandes ventajas de gloria, otros, con menos. Entre ellos torné a ver a mi madre (no sabía había muerto) con grande resplandor... Sólo a ella conocí entre toda aquella gloriosa compañía. Es imposible darlo a entender; que como no se ven figuras ni cosas particulares y las generales son tan divinas y levantadas, sólo a quien el Señor se lo comunicar podrá entender el modo, mas no alcanzarlas y decir-las, porque, en queriendo encarecer aquella inmensidad de*

32. Juan Croisset: *Año Cristiano*, 17 de febrero.

*grandeza y gloria..., parece se acaba todo lo que hay que decir, y no será posible comenzar a encarecer lo que... el alma sintió de la grandeza y suavidad que le era comunicada y cuan sin temor la gozan, y el nuevo ser de grandeza y gloria renovándose en cada momento en Dios por las dotes accidentales que le eran comunicados de aquel Ser divino... junto con un gran resplandor de gloria en que estaban como endiosados y anegados*<sup>33</sup>. Y la Madre Mariana Francisca dice que *su alma fue anegada en la luz celestial al ver la gloria de los santos*<sup>34</sup>.

De ordinario no suelen ser los sentidos del cuerpo los que perciben la visión. Son las almas las que ven y oyen por el entendimiento o por la imaginación; pero son las almas, como son las almas las que ven directamente por sus potencias en el cielo.

Veía continuamente Santa Francisca Romana que el ángel de su guarda la acompañaba. Su hija, de cinco años, veía en el cielo glorioso a un hermanito suyo que había muerto. Veía Santa Teresa de Jesús a Jesús que estaba a su lado derecho y la acompañaba. No le veía con los ojos del cuerpo, lo veía el alma, el entendimiento sin la luz del sol.

En la visión no ven los objetos o a otros espíritus con luz solar; ven con luz o iluminación espiritual

33. P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano*, 13 de julio. Su madre era Catalina de Tolosa, de quien habla Santa Teresa en *Las Fundaciones*, cap. 31, y entró Carmelita en Palencia, llamándose Catalina del Espíritu Santo; murió el 13 de julio de 1608.

34. Id., id., id., 25 de octubre.



sobrenatural. Ni ven los cuerpos físicos materiales. Los bienaventurados, en el cielo, no están con los cuerpos hasta después del juicio final, están sólo con las almas, y los ángeles no tienen cuerpos, son sólo espíritus. No los pueden ver los ojos. Ven las almas y ven la visión que Dios quiere que vean. Como tampoco ven ni la luz solar ni con la solar, sino con la iluminación que Dios pone en el alma, luz espiritual, y por eso ven y conocen con la claridad y perfección que Dios quiere y según lo que quiere revelar y el fin con que lo hace.

En todas las visiones resalta la hermosura del cielo, la verdad del cielo, la felicidad del cielo, lo inefable del cielo. Si esta hermosura tiene la sombra de la visión y tales efectos y tanto gozo produce, ¿qué será la realidad? Por esto mismo me vuelvo a preguntar: ¿Qué será el cielo? ¿Cómo será el cielo? ¿Dónde estará el cielo? ¿Dios mío, me lo dirás Tú, como se lo dijiste a tus santos? ¿No me lo aclarará algún santo?

## CAPÍTULO XVI

# El cielo es sobre cuanto se puede ver, soñar o entender en la tierra

93.—Los santos y las almas de virtudes a quienes el Señor hizo la envidiable merced de mostrarles en visión la hermosura del cielo y los goces de los ángeles y de los bienaventurados, y los que ellos mismos experimentaron al verlos, insisten cuanto pueden en que no les es posible expresar ni a ellos ni a lengua humana lo que vieron y gozaron, repitiendo la expresiva admiración de San Pablo: *Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento qué cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman*<sup>1</sup>.

El cielo es tan admirable, tan sobre todo pensamiento y sobre toda fantasía, tan sobre todo cuanto

1. San Pablo: *I a los Corintios*, 2, 9.

se puede describir, fantasear o pensar, que nada de lo que vemos y vivimos tiene comparación con él, y su maravillosa noción produce en el alma la idea de que supera todo merecimiento, viéndose indigna de entrar en la gloria. Idea muy verdadera, pues de suyo, con nada se merece el cielo. Es la misma idea que expresó a Jesús el comensal del Evangelio: *Bienaventurado el que entre al banquete del cielo. ¿Quién será?*

Pero Dios da el cielo como premio al mérito de todo el que viva la gracia y la virtud y en proporción de la misma gracia. Dios me ha creado a mí y ha creado a todos para el cielo. Dios quiere que todos vayamos a la felicidad del cielo.

El cielo no es como nosotros le concebimos o podamos concebirlo. San Pedro nos le anunció diciendo: *Esperamos, conforme a sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará eternamente la justicia*<sup>2</sup>. Nuevos cielos y nueva tierra, que no se parecerán a esta tierra donde vivimos ahora. Aun cuando se acumularan todas las bellezas y encantos, todas las armonías y atracciones, todas las riquezas y recreos, todo es como nada y desmayo y tristeza comparado con las nuevas delicias e insospechadas maravillas que Dios tiene preparadas en el cielo para premiar y hacer dichosos eternamente a sus escogidos.

2. San Pedro, 2, 3, 13.

94.—Si son cielos nuevos y tierra nueva, que no se parecen nada a esta donde ahora vivimos por su maravillosa eminencia en todo bien y en toda perfección, tampoco podremos formarnos idea del cielo ni adecuada ni que tenga semejanza con su realidad.

En proporción, diré del cielo lo que decimos de Dios. Dios supera toda comprensión y toda fantasía humana. No conozco ni puedo conocer, porque no lo hay, nada que se le asemeje ni con qué compararle, y tengo que conocerle por la fe. La fe no tiene límites, aunque es oscura. No puedo conocerlo, pero lo creo. La fe me dice que Dios es infinito y omnipotente. Lo que creo por la fe es infinitamente más que lo que conozco o puedo conocer en la tierra y es más cierto.

La fe me enseña que Dios es la perfección infinita en sí misma, y no tiene límites en el bien, porque es el Bien infinito y por esencia; no tiene límites ni en el Ser ni en el saber, y es la omnipotencia y la hermosura y la bondad infinita sin sombra de deficiencia alguna. Dios es el Ser infinito.

Pues el cielo, si es el local, es la obra material sobrenatural más excelente que Dios ha creado, y si es el esencial, es Dios mismo participado. De ninguna manera puedo conocerlo ahora en la tierra. Creo, porque Dios lo ha revelado. Creo con la certeza de la fe en *ese cielo sobrenatural, eminentísimo, que Dios ha creado para los ángeles y para los bienaventurados. Creo también en ese cielo, lugar de la felicidad*

*y delicia, lugar de la alegría y del gozo, lugar de la bienaventuranza y dicha donde están felices en toda felicidad los ángeles y los bienaventurados. Es lugar material, pero sobrenatural, superior a la concepción humana y creado por la infinita bondad y magnificencia de Dios para premio de las criaturas que le amaron en la tierra.*

Es el lugar de la dicha perfecta, de la felicidad perfecta, siempre nueva o renovada, siempre empapando el alma, saturando el alma de gozo, sin hastío; siempre en la perfecta delicia exterior e interior y en Dios mismo y en compañía de todos los ángeles y bienaventurados, con todos los seres y toda la naturaleza y con la seguridad de nunca ya perderlo y de que jamás habrá disminución en el gozo ni en los bienes. ¡Es el ya para siempre feliz! ¡Para siempre viviendo con los felices! ¡Para siempre viviendo en la felicidad infinita del mismo Dios y viviendo participada la misma vida de Dios. La Visión de Dios me da la posesión de Dios, de sus perfecciones y de su vida feliz.

Porque el cielo local es nada en comparación del cielo esencial. El cielo esencial es el mismo Dios, y se entra en esta posesión de Dios por la visión de su esencia.

95.—Alma mía, entendimiento mío, levántate sobre la imaginación y sobre lo criado que ven tus ojos, y como los pajarillos en el nido al llegar la madre levantan gozosos sus cabecitas y con avidez



abren sus piquitos para recibir el alimento que les trae cariñosa; o como gozan los niños cuando ven a los cigüeñillos ensayarse sobre el nido de la alta torre para aprender a volar, levanta también tu mirada con humildad hacia Dios infinito, tu Padre, y pídele que te muestre la hermosura del cielo que ha criado para ti. Quiero, como los pajarillos y niños, mirar al cielo y gozarme de su hermosura. Es, Dios mío, tu obra la más maravillosa material, hecha para premiarme a mí y hacerme feliz.

Enséñame a mirar al cielo, a recrearme y gozarme pensando en el cielo, donde seré feliz, para que, conociéndole, te ame más y te conozca mejor a Ti, y todas mis aspiraciones, deseos y obras sean para Ti, Bien infinito y felicidad mía.

Con tu Profeta te digo: *A Ti, Señor, que habitas en los cielos, levanto mis ojos*<sup>3</sup> para implorar tu ayuda en este santo atrevimiento de escribir del cielo. *Porque mi ayuda viene del Señor que crió el cielo y la tierra*<sup>4</sup>. Sé, Dios mío y Padre mío amantísimo, que gustas y quieres que yo y todos los hombres pensemos en el cielo y en Ti y hablemos de Ti y del cielo con que nos quieres premiar, como hablaba San Pablo y decía de sí y decía para mí, *que era ciudadano del cielo*<sup>5</sup> y debía ser nuestra vida y conversación como tal ciudadano

3. Salmo 122, 1.

4. Salmo 122, 2.

5. San Pablo: *A los Filipenses*, 3, 20.

y se gozaba meditando las palabras que Tú habías dicho: *El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies*<sup>6</sup>. Pensar en el cielo y desear el cielo es pensar en Ti, desearte a Ti y amarte.

En visión extraordinaria y gozosa has enseñado el cielo y la hermosura del cielo a muchas almas tus amadas. ¿No querrás, Dios mío, darme a mí ahora no esa revelación y visión extraordinaria, sino inspiración y conocimiento para hablar del cielo basado en el fundamento cierto de la fe y de la revelación? Dámela para que brille más tu misericordia y te alaben más almas y te amen. Quiero con humildad, pero con confianza en Ti, Dios mío, mirar al cielo para reanimarme a mí, entregarme a Ti y alabarte y que todos te alaben.

96.—Esos santos que vieron y gozaron de la hermosura del cielo, vieron y gozaron la gloria y delicia cada uno a su modo y todos de modo muy distinto, pero todos admiraban la felicidad y el gozo de los bienaventurados y lo maravilloso e inexplicable de cuanto habían visto y gozado. Era un gozo íntimo del alma, y por lo llena y saturada que el alma estaba de este gozo se difundía por los sentidos y miembros del cuerpo. En sí lo experimentó Santa Teresa de Jesús, y escribe: *El Señor me daba a entender con un deleite ten soberano que no se puede decir, porque*

6. *Hechos de los Apóstoles*, 7, 49

*todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad que ello no se puede encarecer*<sup>7</sup>. Si este gozo que comunica Dios al alma redunda tan deleitosamente en el cuerpo, a pesar de su pobre complexión aquí en la tierra, ¿qué abundancia de delicia y regelado deleite no comunicará el alma gloriosa al cuerpo ya glorioso en todos sus miembros y sentidos en el cielo después de la resurrección y de haber sido fortalecido y transformado con las dotes de la gloria?

Dame, Dios mío, te pido de nuevo, luces y pon claridad en mi inteligencia para que yo sepa decir algo de lo maravilloso e inefable del cielo.

97.—¡El cielo! El cielo es la felicidad perfecta. El cielo es la dicha completa, todo júbilo y alegría, sin nube alguna de contratiempo, sin sombra de tristeza y de nostalgia. El cielo es la gozosa comunicación en trato íntimo con todos los ángeles y bienaventurados en exaltación de ininterrumpida delicia en el mismo Dios y para siempre, ¡para siempre!

El cielo es la visión y posesión de la esencia infinita de Dios con todas sus infinitas perfecciones; y en la esencia de Dios, vivir, amar, gozar, conocer y poseer todos los ángeles, todos los bienaventurados, todas las personas, todos los seres creados por Dios y muchos no creados, todos los mundos, todos los secretos y misterios o propiedades de la naturaleza

7. Santa Teresa de Jesús; *Vida*, 38, 2

y de cada uno de los seres, toda la hermosura y toda la grandeza. El cielo es la visión de Dios. Ver a Dios directamente en Sí mismo, en su esencia, y en su esencia vivir su misma vida, su infinita verdad y hermosura, ver que es el Ser infinito y acto simplí-císimo y gozosísimo de infinita actividad y poder; es ver y conocer en Dios todas las verdades, todas las ciencias, todo el saber y tener todo el poder, y conocer la esencia, perfecciones y número de los espíritus angélicos y racionales, y verlos, y tratarlos y amarlos, como digo, en Dios mismo, en el mismo acto de amar a Dios, en la luz de Dios, en la exaltación gloriosa de Dios, en la cual todo es transparencia, felicidad, delicia. Me gozaré en todo mi ser, en el gozo de todos los ángeles y bienaventurados, y ellos en mi gozo, y todos sumergidos y saturados en el gozo infinito de Dios. Estaré en Dios, empapado en Dios; viviré en Dios, todo Verdad y felicidad; viviré su misma vida, seré hecho Dios Verdadero por participación y en gloria perpetua.

El cielo es la expresión de la felicidad de Dios comunicada al alma y poseída como propia y tanta cuanta sea la capacidad del alma en recibir.

*Porque el cielo y la felicidad es Dios. El cielo y la felicidad es la visión de la esencia de Dios, y por la visión de Dios se entra en posesión gloriosa del mismo Dios. Dios comunica al alma con su propia posesión gloriosa, su hermosura, su Sabiduría, su Poder, su Vida feliz con todos los demás atributos y, como digo, según*

la capacidad de cada alma o espíritu, y la capacidad es según los deseos y las virtudes que cada alma practicó y vivió durante su vida en la tierra. La gracia se transforma en gloria.

La visión directa de Dios en su Ser o esencia infinita, vivir la misma vida feliz de Dios, estar tan perfectísimamente unido con Dios que se hace una misma vida con Él, es el verdadero y esencial cielo, es la felicidad verdadera y perfecta, siempre actual, siempre en la exaltación más deliciosa, ininterrumpida e imperecedera. ¡Qué fácil es decir esta verdad tan altísima como llena de perfecciones! ¡Porque éste es el sol y la fuente de todo bien! ¡La visión directa de Dios es el sol de felicidad, de gozo, de saber, de amar, de alegría y poder, siempre renovándose en su perpetuo e indeficiente brillar!

98.—Sólo a los bienaventurados del cielo cuando ya lo están viviendo y dichosamente gozando e iluminados por la Sabiduría de Dios, es dado entender bien y comunicar esta verdad tan llena de misterios. Ya que yo no pueda ni comprenderla completamente ni explicarla, quiero con humildad intentar estudiarla cuanto me sea dado y recrearme en su sobreeminente hermosura y grandeza, porque es recrearme en el mismo Dios y alabarle y amarle y animarme a amarle más y pedirle me dé más amor.



Ya Platón, como dije<sup>8</sup>, llegó a vislumbrar y anunciar que si fuera posible ver la hermosura en sí misma, de tal manera llenaría el espíritu de gozo contemplándola, que le haría feliz y se olvidaría de todo lo demás por no apartar ni un momento la mirada de verla.

La fe cristiana me enseña con toda seguridad lo que el filósofo de la Academia sólo podía desear. Llegaré, Dios me lo dará, no sólo a ver, ni sólo a contemplar o conocer detenida y gustosamente la Hermosura en Sí misma, que es Dios infinito en todo bien y manantial de todo bien, sino a poseer y hacer mía esa Hermosura infinita y a hacerme hermosa gloriosa con la misma Hermosura dichosa y el gozo de la hermosura será mi gozo; porque Dios, que es la misma Hermosura y el mismo gozo infinito, como es la Sabiduría y el Poder, me hace suyo aquí por la gracia y amor, y se hace mío en el cielo gloriosamente.

Yo seré todo de Dios, Dios será todo mío. Yo estaré en Dios. Dios será mi cielo feliz.

99.—Porque en el cielo Dios comunica o infunde al bienaventurado su sabiduría y el bienaventurado ama en Dios y con el mismo amor de Dios y ve, conoce y posee en Dios y con la misma Sabiduría de Dios y en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo,

8. Véase todo el cap. VIII.

la Persona de Jesucristo, todos los seres criados y todo el universo con todos los astros y otros muchos universos no creados, pero creables. En Dios, en la visión de la esencia de Dios, estaré viendo y conociendo la íntima esencia y perfecciones de todos los seres, su naturaleza, sus propiedades, efectos y relaciones. Y conoceré clarísimamente el íntimo ser de las almas y de las sustancias separadas o de los ángeles. En la Sabiduría de Dios, en el Verbo, estaré viendo y conociendo el mundo corpóreo y el espiritual, y, sobre todo, estaré viendo, conociendo y gozando al mismo Creador de todas las cosas, Dios infinito, que es la verdadera felicidad. Nada, ni toda la creación junta, puede compararse con Dios, el Creador, el infinito. Con la posesión de Dios y su gozo quedan satisfechos todos los deseos y saciados todos los gozos<sup>9</sup>.

Lo que primero y principalmente deseamos todos es la felicidad, la delicia, el gozo. El alma, poseyendo a Dios y gozando su gozo, ha llegado a poseerlo todo, a gozarlo todo, a saberlo y poderlo todo en Dios de una manera eminente y con una fruición y regusto y complacencia indecible. Y en Dios lo ve todo clarísimamente, simultáneo, junto y distinto con toda la perfección que tienen los seres en sí mismos, porque en Dios está todo simultáneo.

9. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. III, número 30, y VIII, núm. 120. Véase más adelante en especial en el núm. 180.

En Dios gozará mi alma de la compañía más atractiva y deliciosa de los ángeles y de los bienaventurados como con amadísimos hermanos, amigos y enamorados.

Pero sobre todos, sin comparación, es el gozo de ver y conocer y participar el alma del mismo Dios en sus perfecciones y en su dicha y vivir su misma vida, unido el entendimiento a su entendimiento y la voluntad a su voluntad. Su vida será mi vida para siempre. Dios es el cielo verdadero. Todo lo existente o que pueda existir es como nada y sombra de nada ante Dios.

100.—El cielo es en un lugar. O la felicidad se gozará en un lugar. Las almas, como los ángeles, no necesitan ese lugar, porque son espíritus y están en Dios. Los cuerpos sí necesitan un lugar, porque, aunque sean gloriosos, son materiales. El cielo local es un lugar material. Por adornado y enriquecido que esté, es inferior al espíritu. En el cielo está la vida. El cielo no lo constituyen sólo ni principalmente las criaturas corpóreas sensibles o insensibles, sin vida o con vida, ni joyas, ni oro, ni flores, ni belleza de paisajes o jardines con ambiente y fragancias de paraíso, ni el principal gozo del cielo es el dominio y conocimiento que se tenga de las propiedades y perfecciones de los seres, ni en conocer la maravilla de su esencia, ni en la gratísima compañía de los hombres o de los ángeles.

El cielo y el gozo principal del cielo es inmensamente por encima de eso; es Dios y vivir la vida perfecta, gozosísima, perpetua de luz de Dios y en Dios, vida de radiante alegría, de deleitosísimo amar y ser amado. El cielo es Dios y vivir todo en Dios, y lo demás es como fealdad y nada en comparación con Dios. En Dios se ve todo y se tiene todo, y se conoce, goza y puede todo, y en Dios y de Dios se está recibiendo todo.

El cielo es conocer y gozar gloriosamente a Dios y amar y ser amado de Dios y en el amor y gozo de Dios se tienen y gozan todos los amores de los ángeles, de los bienaventurados y de todas las demás criaturas; pero todas juntas ante Dios, son menos que la luz y el calor de una cerilla en medio del foco del sol. Y todo por Jesucristo, en el Verbo, que nos lo ha merecido.

El cielo es la unión del alma con Dios tan perfecta e íntima, que el alma es hecha Dios por participación, y hecha gozo, y saber, y poder y hermosura de Dios en su infinito gozo y hermosura en ininterrumpida delicia, en desbordante gozo, en radiante y jubilosa alegría. Dios es mío gloriosamente y para mí y de tal manera mío como si sólo fuera todo para mí. Dios llena toda mi dicha.

El cielo y la felicidad se disfrutarán en un lugar, pero el cielo y la felicidad no es el lugar, sino el Creador del lugar y del alma y de todo cuanto existe. El cielo y la felicidad es Dios infinito en toda

perfección y en todo bien y que lo comunica al bienaventurado.

La felicidad, la delicia y dicha total, el lleno de rebosante gozo y desbordante alegría en el alma y en sus potencias, y en todos los miembros del cuerpo resucitado, no es porque posea toda la ciencia, ni porque conozca todos los seres y su naturaleza y propiedades, ni porque conozca el origen del universo, del sol y de los astros con todas sus evoluciones y mutuas relaciones, sus distancias y velocidades, sus órbitas y propiedades y la grandeza y límites del universo y cómo y hacia dónde se mueve, ni porque conozca el origen del hombre sobre la tierra y el origen de la vida, ni porque tenga todos los bienes y conozca, conviva y trate con las personas más eminentes y encantadoras, ni porque conozca la creación de los ángeles y pase mi vida en su compañía y entre sus delicias, sino porque veré, conoceré, amaré y poseeré gloriosamente a Dios infinito; porque amaré y gozaré en altísimo amor y supremo gozo al Criador de todo, y con Él y en Él gozaré de todos los bienes y de todas las delicias.

Seré feliz viendo, amando, conociendo y poseyendo a Dios. Esta es mi felicidad y mi gloria. En Dios conoceré y poseeré toda la Verdad, la Verdad universal y absoluta, sin estudio, sin esfuerzo. Todo se me dará o infundirá en el mayor descanso y placer. Mi entendimiento quedará gloriosamente lleno, satisfecho, pues he sido creado por Dios para



la verdad, para poseer y gozar jubiloso la Verdad; y la Verdad, toda la Verdad es Dios infinito, Dios sin límites en el bien y en la perfección. Y mi voluntad estará llena, actualmente y sin interrupción llena, desbordante del más preeminente amor y más exaltado gozo para siempre y rebosará en el júbilo de admiración y de alabanza.

La felicidad es el gozo supremo y lleno de la Verdad, y la Verdad eres Tú, Dios mío. Perpetuamente me gozaré para Ti, me gozaré por Ti, que me lo has dado; me gozaré en Ti, que serás mi vivir y mi vida y mi gozo.

Y me gozaré cuanto quepa en mí de gozo sobrenatural cuando me muestres los tesoros de tu divinidad en los misterios incomprensibles de tu Ser infinito, viendo y admirando que no tienes principio ni fin, viendo y admirando cómo eres una sola esencia infinita en tres Personas distintas. Viendo y admirando cómo el Padre continuamente está engendrando el Verbo, por quien ha hecho todas las cosas, y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, y cómo el Verbo se encarnó, tomó la naturaleza humana para gloria tuya y suya; entonces comprenderé lo que ahora me es imposible ni sospechar. Y veré que por Jesucristo, el Verbo, me salvaré y en el Verbo te veré a Ti, y veré todas las cosas y las amaré y poseeré, porque son tuyas y Tú eres mi Padre, y me las das para mi, te me darás Tú mismo a mí y te harás mío para siempre.

¡Cómo, Dios mío, se agranda el campo de mi inteligencia con esta luz que ahora me da la fe en su oscuridad! Porque como los astrónomos cuanto los telescopios son más perfectos ven que hay más que ver y admirar en el insondable firmamento, verá mi alma con tu luz, en tu Visión, que siempre hay más que ver, mas que admirar y más que amar en Ti y en tus misterios. Serás Tú mi felicidad. Pero esto lo pensaré más despacio al tratar de tu Visión<sup>10</sup>.

10. Véase más adelante en el cap. XXIII y en *Dios en mí*, lecturas IX y X, por un Carmelita Descalzo.

## CAPÍTULO XVII

### ¿Qué será el cielo?

101.—Ni el ángel ni el alma podrán tener felicidad perfecta y sobrenatural sin conocer, poseer y gozar de Dios. El último fin del ángel y del alma es vivir la vida gloriosa de Dios. Si falta la visión de Dios, la posesión de Dios o el gozo de Dios en la vida de Dios, ni el cielo material o local con todas sus hermosuras, sus armonías, sus fragancias y sus delicias, ni aun los ángeles con todas sus perfecciones y encantos, ni aun los bienaventurados con todas sus glorias, podrían dar la perfecta felicidad sobrenatural y gloriosa al hombre ni satisfacerle y llenarle en todos sus deseos y aspiraciones. Dios ha creado mi alma y el alma de todos los hombres, y ha criado el espíritu de los mismos ángeles para la perfecta felicidad sobrenatural, que es Dios poseído y gozado. Dios es el único Ser sobrenatural por su misma esencia como es el único Creador e infinito en perfección.

El mismo Dios ha tenido a bien enseñármelo diciéndome: *Yo seré vuestro premio*<sup>1</sup>. Y San Pablo me lo reafirma diciéndome: *Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto... Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visión clara a la manera que yo soy conocido*<sup>2</sup>.

En la tierra los santos tenían y tienen muy grande complacencia en pensar y mirar o atender a Dios y hablar de Dios. Aun el mismo Aristóteles, discutiendo con su luz natural, decía que lo más grande y hermoso es pensar y hablar de Dios. San Pedro de Alcántara se lamentaba del tiempo que se veía obligado a dar al sueño, aunque sabemos era poquísimos, porque le impedía estar pensando en Dios. Santa Catalina de Siena siempre hablaba con Dios o de Dios, quedando fuera de sí misma y sin prestar atención cuando se hablaba de otras materias baladíes. Santo Domingo de noche trataba con Dios y de día hablaba de Dios. Siempre Dios.

Los éxtasis de los santos, que tanto nos admiran, eran producidos cuando ponían su atención en Dios perfectísimo, y Dios comunicaba a sus inteligencias una muy especial claridad sobre las perfecciones divinas, encendiendo sus voluntades en su amor tan

1. Génesis, 15, 1.

2. San Pablo: *I a los Corintios*, 13, 10-12.

vehementemente que los transportaba y sólo querían estar pensando y atendiendo y amando a Dios. Hablan San Francisco y Santa Clara, acompañados de otros religiosos, de la hermosura y perfección de Dios al empezar una comida, y quedan todos suspensos, iluminándose el lugar mismo como si ardiera, y se olvidan de la comida que tienen delante<sup>3</sup>.

Hablan Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz del amorosísimo Dios y de su inefable bondad y grandeza, y quedan los dos transpuestos. La misma santa dice que de hablar de Dios y de oír hablar de Dios nunca se cansaba y que no se podía hablar de Dios con San Juan de la Cruz, porque se transponía y hacía transponer. Aun viviendo en la tierra, tanta era la delicia que encontraban atendiendo a Dios, mirando a Dios y viéndose como envueltos en la hermosura de Dios.

Sube Moisés al monte Sinaí y está cuarenta días con Dios, y baja con el rostro resplandeciente. Si tanta luz y tanto gozo se recibe por atender a Dios, pensar en Dios, en su cielo y en sus perfecciones; si tanto esclarece el espíritu y enciende la voluntad hablar con amor de Dios, ¿qué será ver el cielo? ¿Qué será ver y gozar de Dios? ¿Qué será poseerle y vivirle gloriosamente?

*Porque el cielo, la felicidad sobrenatural y perfecta y total es conocer o ver a Dios, vivir con Dios, vivir glo-*

3. *Las Florecillas*, cap. XIV.



*riosamente en Dios y la misma vida de Dios. ¿Qué será, alma mía, cuando Dios te diga: Entra en el gozo de tu Señor?*<sup>4</sup>.

102.—Prepárate y sueña altezas y grandiosidades y maravillas, que todas serán como nada y quedarán muy por debajo de lo que Dios te ha de dar y te tiene prometido en el cielo. Porque te ha prometido darte la misma gloria que a sus ángeles y hacer que seas feliz como ellos son felices y gloriosos, viviendo con ellos y gozando con ellos en la misma vida y gloria de Dios; porque Dios mismo se te dará ya glorioso y te dará su misma gloria, cuanta admita tu capacidad de gozar.

No te ha creado Dios para que poseas y disfrutes solamente de cuantos bienes y hermosuras ha puesto en la tierra o en los astros del firmamento; ni para que te complazcas y recrees en los solaces y entretenimientos sociales o de los hombres más eminentes y amenos, ni para que solamente sepas las razones y causas de cuanto existe, ni para que tengas a tu disposición y voluntad cuanto desees y pueda soñar tu fantasía. Levanta y agranda tu mirada sobre todo eso, y sobre todo gozo y sobre lo que no es posible se te ocurra por su grandiosidad, hermosura y delicia, y todo eso y sobre todo eso que no te es posible soñar ni pensar te dará y comunicará

4. Mateo, 25, 21.

Dios y te colmará de lo que te parece imposible en toda maravilla y en jubilosa delicia, porque se te dará el mismo Dios, y te dará su gozo infinito y su omnipotencia y su amor; y te lo dará para siempre. Dios es sobre todas las bellezas de la tierra y de los astros y sobre cuanto se puede decir. Y te lo dará todo reunido junto y distinto en Él mismo, en la visión y posesión ya gloriosa de su esencia y de su ser, y *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cayó en corazón humano* los inefables e inmensos tesoros y bienes que Dios te tiene preparados. Se te dará el mismo Dios, que es sobre cuanto se puede pensar, y ni los ángeles ni los bienaventurados, ni aun el entendimiento de la Virgen y del alma de Jesucristo, pueden nunca llegar a saber y entender en toda su perfección infinita todas las hermosuras, todos los bienes y gozos de Dios, y todos los pone a tu disposición dándosete a Sí mismo; porque es infinito y siempre hay más y tiene más que ver y que dar, y el que más ve, más claramente entiende que queda infinitamente más que ver. Y de tal manera se te dará como si solamente se diera para ti. Dios se te dará y Él será tu cielo.

Dios mío, que te harás mío; Dios mío, que me harás tuyo ya glorioso en tu misma gloria y para siempre. Tú serás mi cielo y mi dicha. En Ti sabré, y tendré, y gozaré todas las cosas, que juntas todas nunca pueden llegar a ser ni aun sombra de Ti. Seré feliz viviendo tu vida en Ti mismo, por tu bondad y

generosidad. Seré tuyo y estaré en Ti. *¿Qué hay delectable para mí en el cielo fuera de Ti? Y si estoy Contigo, ¿qué puedo desear de la tierra que no tenga ya en Ti?*<sup>5</sup>.

103.—Dios en el cielo es para mí todos los amores, y todas las riquezas, y todos los gozos. Dios es mi eterna e imperturbable alegría, porque *el mismo Dios será mi premio grande sobremanera*<sup>6</sup>, porque es premio para siempre, para siempre, sin temor a que la eternidad pueda ponerle fin ni aun mengua. Dios es la eternidad misma. Dios en el cielo es para siempre mío y gozo mío, y yo soy siempre de Dios, y viviré en la misma vida gloriosa de Dios, cantándole con incontenible alabanza.

Dios es el cielo. Todo lo demás que pueda soñar de delicia y gozo del cielo no tiene ni comparación con Dios, porque es bien participado y creado por Dios. Dios es el único bien infinito y gozo infinito. Dios es la verdad infinita y la Bondad y Hermosura infinitas. Dios es el Bien y gozo y hermosura tan soberanos, que los encierra todos actual y simultáneamente con tanta perfección que ni su mismo entendimiento infinito puede, ni podrá en toda la eternidad, pensar alguna perfección, algún bien o algún gozo que no tenga actualmente y que no los haya tenido siempre y los haya de tener.

5. Salmo 72, 25.

6. Génesis, 15, 1.

En otro libro<sup>7</sup> me preguntaba: ¿Dónde están las almas, que por la muerte se han separado del cuerpo? Y me decía: Las almas están en Dios; no puedo imaginarme ni figurarme cómo, pero están en Dios, en la vida de Dios, en la dicha de Dios. Trataba de las almas bienaventuradas, las cuales están viendo continuamente a Dios y viviendo en su vida y sus perfecciones y su gloria. La gloria es conocimiento claro con gozosa alabanza. Ya en Dios no hay dormir ni descansar, porque no hay cansancio; ya todo es vivir dichosa y activa la vida feliz de Dios y en Dios; todo es gozar y estar hecho gozo.

Dios es la luz de la inteligencia y de la dicha. Dios es la claridad y la hermosura y el gozo de la verdad y del amor. Dios es el cielo esencial, y el alma en el cielo vive la vida de Dios en Dios y es feliz en Dios. Por esto el alma de fe y de amor vive en la tierra deseando vehementemente estar ya viendo y gozando a Dios y viviendo en Dios, y su vida de gloria, aun cuando no deje de imponerla el paso del túnel de la muerte<sup>8</sup>. Porque *nos creaste para la felicidad, para Ti, y mi corazón siente desasosiego hasta que descansa en Ti*<sup>9</sup>. Deseo, Dios mío, la felicidad, deseo el cielo, te deseo a Ti; deseo verte, y viéndote, cono-

7. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. XIII, número 214.

8. Un Carmelita Descalzo: *La alegría de morir*, caps. VI y sgs.

9. San Agustín: *Confesiones*, lib. I, cap. 1.

certe, y poseerte, y amarte, y gozarme en tu mismo gozo, y vivir en Ti mismo tu misma vida.

Porque también lo deseaba San Pablo, escribía: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo*<sup>10</sup>, viéndole y viviendo su gloria. Las alas del amor procuran desplegarse y emprender el vuelo hacia la luz de la Verdad, para ver la arrebatadora hermosura de Dios, que produce la dicha y comunica la felicidad, y viéndola, vivirla y hacerme hermosura y gloria tuya, Dios mío, infinita dulzura.

104.—¡Quién me diera ver a Dios, estar viendo y gozando la Hermosura y Sabiduría increada de Dios, el Verbo eterno, y sentirme ya envuelto y empapado y saturado en la claridad de la gloria! Sólo de pensarlo con fe viva, se sentían las almas santas encendidas y como transformadas en el divino amor. ¿Qué será Dios? ¿Qué será la inefable Hermosura y Majestad de Dios? ¡Dios mío y todas las cosas! ¡Dios mío y todo bien y delicia!

Santa Teresa de Jesús, recordando la hermosura inefable de Dios y su Majestad, pierde la sensibilidad de los sentidos y miembros del cuerpo, y su atención es transportada a otra atmósfera de luz más pura, produciéndose el éxtasis, ante la pena que siente viéndose lejos de ver a Dios y por el ansia de

10. San Pablo: *A los Filipenses*, 2, 23.



verle ya y vivir en su presencia y con Él y en Él cuando oyó cantar el cantarcillo antes citado de

Véante mis ojos,  
muérame yo luego.

Y no se cansa de repetir el estribillo de la poesía que hizo:

Ansiosa de verte,  
deseo morir.

Como expresa el regusto que encontraba su alma pensando en la Hermosura y Majestad infinita de Dios:

¡Qué será cuando veamos  
a la Eterna Majestad!  
¡Qué gozo nos dará el verte!<sup>11</sup>.

Lo deseaba, lo pensaba y lo pedía. Cuando se acercó el momento de su muerte, como amante enamorada, dijo al Señor, como quejosa por la tardanza: *Ya era hora de que nos viéramos* Ya iba a ver a Dios de verdad, no en una visión de éxtasis, sino en su infinita realidad.

En el pensamiento y aspiración de Santa Teresa, Dios es el cielo, el cielo esencial, por quien el local se hace cielo. Lo hace resaltar cuando explica el

11. Santa Teresa de Jesús: *Poesías*.

ansia y la soledad, que siente en todas las cosas no viendo al Criador de todas, con estas palabras: *Bien entiende que no quiere sino a su Dios, mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto le quiere y no sabe lo que quiere... Todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios*<sup>12</sup>. Había visto en Dios todos los bienes juntos y se gozaba pensando que llegaba el momento de poseerle y gozarle.

Era la misma ansia que sentía y expresaba San Juan de la Cruz cuando, hablando en diálogo amoroso con Dios, le decía:

Y véante mis ojos,  
pues eres lumbré de ellos  
y sólo para Ti quiero tenellos.  
Descubre tu presencia  
y máteme tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor que no se cura  
sino con la presencia y la figura<sup>13</sup>.

¡El cielo! ¿Habrá alguno que no sienta y goce, entre halagador e ilusionador, la nostalgia, el no sé qué, la impresión estremecedora de la sobrenaturalidad del cielo? ¡Oh dulce Patria! ¡Oh ansiada y soñada Patria, cómo te deseo! ¡Cómo deseo con ansia tener noticias ciertísimas, y me gozo en las oscuras que enseña la fe, ya que no consiga los deta-

12. Id., id.: *Vida*, 20, 11-13.

13. San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*.

lles precisos y claros de tu hermosura y bienandanza! Mi alma se siente atraída por el embrujo subyugador de tu delicia, y no soy sólo yo.

Le llega la hora de ir a Dios al fogoso y santo religioso Domingo de Jesús María, y le preguntan: «¿Qué le ha dicho la Virgen?», y responde: *Voy a ver a Dios; voy a ver a su Madre Santísima. Iré, iré; veré, veré. Sea Dios eternamente glorificado*<sup>14</sup>, y entrega su alma a Dios, arrebatado por tan dulce como vehementemente obsesión de ir a ver a Dios. Porque Dios es el cielo, lleno de alegría emprende su vuelo hacia el cielo, hacia Dios, Luz, Vida y Bondad perfecta. Quiero repetir con el Beato Nicolás Longobardi en su agonía: «Paraíso, Paraíso».

En Dios veía el cielo el padre Miguel de los Ángeles, quien, al final de una vida muy íntima y retirada con Dios en el recogimiento de su convento y silencio de su celda, decía al presentársele amable la muerte: *Basta, Señor, cincuenta años de destierro; vamos a ver esa cara buena. Alegre espero la hora; venga, no se dilate. ¡Que tengo de ver a Dios! ¡Que tengo de gozar sin fin!*<sup>15</sup>. Y la madre Teresa de San Agustín, hija de Luis XV de Francia, exclama al morir en su pobre celda de carmelita: *Vamos, levantémonos; vamos al cielo*<sup>16</sup>, o como decía la hermana Elvira del

14. P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano*, 16 de febrero.

15. Id., id., 11 de febrero.

16. Id., id., 23 de diciembre.

Nacimiento al volver de un colapso de espíritu, ya inminente la muerte: *Esto es que ya me voy al cielo*<sup>17</sup>.

Y la hermana Gabriela de San José dice regocijada: *Ya llegó el día. Vamos. En tus manos encomiendo mi espíritu*<sup>18</sup>. Y la hermana Francisca de San José, que repetía muy frecuentemente durante su vida: *Estoy en Dios y le pido siempre me tenga en Sí*, a la hora de morir queda en éxtasis y exclama: *¿De dónde tanto bien a mí?*<sup>19</sup>. Alboreaba para ellos la luz y hermosura del cielo, que les enseñaba la fe, y les envolvía en gozo la luz que Dios reflejaba sobre ellos; Dios es el cielo. Ver a Dios es poseerle, y entrar en el gozo del cielo, y quedar hecho gozo de Dios y gozo de cielo, viviendo su misma vida en Él.

Estos hechos, sorprendentes por la sobrenaturalidad que encierran y hacen ver, se leen con frecuencia en muchas almas entregadas y atentas a Dios, muy especialmente en las Órdenes religiosas de todos los tiempos, pero también en seglares piadosos y recogidos. ¿Cuándo vendrás por mí para llevarme a Ti? ¿Quién no se maravilla y quisiera vivir y sentir lo que esas almas santas vivían y sentían? Pero lo sentían y vivían porque habían pasado la vida toda recogidas con Dios, acompañando a Dios en el servicio de Dios y entregadas a sólo su amor.

17. Id., id., 24 de diciembre.

18. Id., id., 12 de enero.

19. Id., id., 22 de febrero.

Porque había sido su cántico durante la vida el de David: *¿Qué hay para mí ni en el cielo ni en la tierra fuera de Ti, Dios mío?*<sup>20</sup>. Dios era ya su cielo a la hora de despegarse de la tierra y emprender el vuelo para ver a Dios y tomar posesión del cielo.

105.—La visión de Dios es el cielo esencial y verdadero, es la felicidad.

El lugar del cielo es cielo verdadero, pero complemento, comparado con la visión de Dios.

El lugar del cielo, con toda su belleza, con toda su variedad, con todas sus insoñables amenidades, con toda su claridad y riquezas, como más adelante veremos<sup>21</sup>, con la ayuda de Dios, sin la visión de Dios, y sin la vida de Dios, no daría la felicidad sobrenatural ni podía comunicarla ni hacer bienaventurados, sería muerto, estaría triste, sería aun lugar de destierro. El lugar del cielo es dicha y es felicidad y es alegría y júbilo, porque es vida en la misma vida de Dios.

Dios es la vida, toda la vida y toda la felicidad, como es la Verdad y la Bondad y la Hermosura. Y mi alma deseosa de conocer toda la verdad, y poseer toda la Bondad y toda la Hermosura, y de vivir el gozo de la Verdad, se pregunta: ¿Qué será la verdad infinita? ¿Qué será Dios? ¿Quién me dirá quién es

20. Salmo 72, 25.

21. Véase en el cap. XXXIII.



Dios y qué es Dios para poder darme cuenta de lo que es el cielo y qué felicidad se sentirá al ver a Dios? ¿Qué será y se sentirá al ver a Dios directamente en su esencia, y ver la Verdad, la Bondad y la Hermosura eterna? ¿Qué será vivirla? ¿Qué será gozarse en estar viendo que la viven todos y cómo son felices y están radiantes de gozo viendo a todos hechos felicidad y dicha con la misma Felicidad y Dicha?

Con Santa Catalina después de estar cerca del cielo y de oír sus armonías, te digo, Dios mío, con lágrimas en los ojos: ¿Cuándo te veré? ¿Cuándo? ¿Por qué no ahora?<sup>22</sup>. ¿Qué será, alma mía, cuando veas a Dios y viéndole le poseas y poseyéndole vivas su misma felicidad? ¿Qué será la felicidad de Dios? ¿Qué será Dios? ¿Qué será la felicidad y el cielo? ¿Qué será vivir la misma vida gloriosa de Dios en el mismo Dios?

22. Juan Jorgensen: *Santa Catalina de Siena*, lib. II, capítulo IV.

## CAPÍTULO XVIII

### Preparación para decir qué es el cielo

106.—Andaba yo muy recogido y pensativo, y como para rebosar de contento y comunicarlo a los demás, revolviendo con ese alegre recuerdo, la ilusión, el ansia de saber más del cielo y de la infinita hermosura y perfección de Dios. Soñaba y parecía verme envuelto e impregnado todo en una translúcida constelación muy refulgente de dicha, y me comunicaba vida de luz, de delicia, de júbilo venturoso, pero era una constelación, aunque bellísima, sin precisión de detalles de las embelesadoras fantasías y de los delicadísimos pensamientos y gratísimas emociones que parecían querer esclarecer mi mente y comunicar a mi espíritu luz de contento y del más nobilísimo bien.

Soñaba con gozo y delicia. En mi interior se movía anhelante e inquieta esta pregunta: ¿Quién

me explicará y me enseñará expresiones de luz para saber manifestar la hermosura tan ideal y atrayente de esta constelación tan fúlgida? ¿Qué será el cielo glorioso? ¿Cómo se adquirirá y vivirá la felicidad? Y me parece deseaba sentir y vivir, como cuentan de San Francisco en una ocasión, algo del gozo y de la vida del cielo para saberlo comunicar.

¿Qué será Dios, infinito en bondad, en majestad, en hermosura y en toda perfección? ¿Qué será y se sentirá viendo a Dios?<sup>1</sup>. Y volvía a mi memoria la misma interrogación: ¿Qué será el cielo glorioso? Ni sabía ni quería desprenderme del agrado con que estas preguntas obsesionaban mi atención. Y hablaba con Dios y le decía: Tú solo, Dios mío, Tú solo me lo puedes enseñar, y como a Padre mío que eres, te suplico con humildad me lo enseñes para bien de mi alma y de muchas almas, como se lo enseñaste a muchos siervos tuyos. Ya sé que ellos eran santos y yo no; pero eres mi Dios y mi Padre, y yo quiero amarte como a tal. Y los padres muestran más cariño a sus niños débiles o enfermos.

¡Qué deleitable y consolador es tener amigos buenos con quien desahogarse! Con sólo el recuerdo del amigo bueno y confidencial parece se recibe ánimo y protección. La sola comunicación de la dificultad ya es una luz para la solución. El amigo

1. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, núms. 126, 146, 184, 224 y sgs., y en varios lugares más del mismo libro.

bueno da lo que tiene y se da a sí mismo. El amigo bueno vive la vida del amigo y mutuamente se dan sus ideas y sus voluntades, sus tristezas y sus alegrías. Dios me había dado un amigo bueno de toda confianza. Mi corazón y el suyo estaban muy unidos y vivían las mismas aspiraciones, aunque en diferente estado. Él vivía con admirable perfección. Era mi confidencial íntimo. Nunca me defraudó. Yo le amaba y veneraba como a santo y sabio. Era la bondad y la indulgencia.

Me decidí a visitar a este mi amigo y confidente. Vivía en una celdita sencilla de un convento retirado y recogido en un ambiente de silencio y de paz. Vivía vida muy íntima y de mucho trato con Dios, haciendo de su celda un cielo anticipado. Varias veces me había hecho gozar armonías de cielo y la dulzura de su celda cantándome dulcemente el

Qué alegría y qué dulzura  
vivir sólo para Dios;  
Dios llena toda mi vida,  
Dios es mío, soy de Dios.

Me metí en su corazón;  
en alegría o dolor  
Dios está siempre conmigo.  
Él me mira sin cesar,  
¡oh qué verdadero amigo  
que nunca cesa de amar!

Sólo Dios, sólo Él basta;  
sólo Dios llena todo mi ser  
en este dulce remanso

donde vivo prisionero del amor.  
Sólo Dios, sólo Él basta,  
lo demás pasará.

Que dulzura siempre nueva  
tiene este hermoso vivir  
en esta hermosa espera  
de la vida que es sin fin,  
que se empieza a presentir.

Suave hace todo el amor;  
torna el yugo tan ligero,  
que transforma mi vivir  
en anticipo del cielo  
que se empieza a presentir.

Sólo Dios, sólo Él basta;  
sólo Dios llena todo mi ser  
en este dulce remanso  
donde vivo prisionero del amor.  
Sólo Dios, sólo Él basta,  
lo demás pasará<sup>2</sup>.

Cuantas veces le visité salía siempre de su compañía lleno de ternura y como quien sale de un cielo. Dios llenaba la celda del amigo, porque Dios llenaba su alma, en la cual moraba amoroso, y su alma era toda de Dios y sólo pensaba en Dios. Cumplía a la perfección el letrado que tenía escrito ante sus ojos: *Haz de tu celda un paraíso. Donde Dios está, está el Paraíso.* ¡Cuántas veces habíamos hablado del cielo! Ahora iba para preguntarle algo sobre Dios y del cielo. Era un encanto oírle.

2. Poesía de una Carmelita Descalza de Duruelo.



107.—Acogió mi llegada con mansa bondad. Me miró con mirada de santo. Debí leer todo mi interior; ya me conocía. El amigo no guarda secretos para el amigo, y el amigo en Dios es dos veces amigo. Los amigos en Dios se aman en la verdad interior y saben no hay engaño. Su amor es una sola luz en la luz diáfana de Dios.

Su mirada también me pareció de extraordinaria diafanidad. Después de los saludos le dije confiado:

—En otras ocasiones hemos hablado aquí mismo de la vida futura y feliz que, por la bondad de Dios, esperamos tener en el cielo. Hoy le agradecería me hablara de lo que es el cielo. Llevo ya mucho tiempo deseando tener la noción más clara posible del cielo, conforme lo permita mi pobre entender, que ya conoce bien. Pensar en el cielo me alegra y me alienta sobremanera para esforzarme en practicar las virtudes y vivir la vida interior, como me anima y alegra pensar que Dios, mi Padre, está conmigo y me acompaña.

Y juzgo que no sólo me ayuda a mí, pues leo que los santos también se animaban y esforzaban en sus trabajos y luchas y en los desalientos que a veces sentían, pensando en el cielo y recordando que Dios les veía y estaban en Dios. El mismo Dios, en los momentos más difíciles, se les mostraba o les mostraba luces y hermosuras del cielo para que abrazaran con heroísmo los sufrimientos y lo espinoso de las virtudes o la dureza de la soledad. Ver la

hermosura o premio del cielo les fortalecía para desprenderse de todo lo terreno que atrae el apetito y aparta el alma o la retarda en el camino del bien eterno. A la manifestación o vista de esta hermosura seguía cierto el triunfo de la virtud y del retiro y del bien, aun cuando se necesitasen heroísmos.

Conoce bien, por experiencia propia y ajena, que hoy se reviste todo de tanta elegancia, se presenta tan fascinador, tan agradable y atrayente a los sentidos y con tanta variedad, que es necesario heroísmo de voluntad para no dejarse arrastrar muy gratamente de tanto halago y mecerse en lo muelle de la vida y en la estruendosa alegría de los entretenimientos y curiosidades que disipan el espíritu y hacen imposible el recogimiento y retiro necesario para estar y tratar con Dios. Los gustos de la tierra, a mi parecer, apartan del cielo.

Los considero yo como una nube más o menos densa que se interpone entre Dios y el alma. La nube impide ver el sol y ésta impide mirar o recogerse con Dios.

Si los santos cobraban nuevos bríos y fortaleza pensando en el cielo y en Dios, para sobreponerse a todos los obstáculos y superar la propia negligencia y cuantas dificultades se presentasen, también me dará fuerzas a mí, que bien las necesito, para lo que yo quiero y Dios quiere de mí. ¡Qué no acometeríamos y haríamos si viésemos la belleza del cielo y la compañía de Dios! Dios mío, ¿no me daréis a

entender algo siquiera de la belleza y encanto del cielo? Si por el espejismo engañoso de la belleza de una cosa o de una persona que vemos o tratamos nos exponemos a los mayores trabajos y aun se expone la vida, como lo vemos cada día en los negocios humanos, en las excursiones, mucho más en los atracos y robos, con mayor decisión abrazaríamos las penitencias y el retiro y soledad, que hasta para el cuerpo son provechosos, si conociésemos con claridad el cielo. Saber lo que es el cielo pone renovado aliento en mi espíritu y me determinará a vivir santamente.

¿No tendría ahora la bondad de enseñarme en una explicación qué es el cielo? Desearía una explicación clara y sencilla, pues son cortos mis conocimientos científicos y espirituales. ¡Cómo deseo el cielo! Bien lo sabe.

108.—Habiéndome oído atento y complaciente, asintiendo algunas veces con su cabeza a lo que le exponía deseando su instrucción, me miró con amable sonrisa y benévola confianza, y tras de breve pausa dijo:

—¿Quieres saber lo que es el cielo y tener una idea clara y precisa de él? ¿Y quieres te la dé yo? Muy agradable me es siempre tu visita, y más ésta, con un fin tan hermoso como santo. Ya en otras conversaciones lo hemos iniciado. El recuerdo y el conocimiento del cielo es sumamente provechoso. Con

frecuencia Dios cambia los corazones con ese recuerdo del cielo; y convierte a los extraviados, enervoriza a los buenos, anima a los santos y forma los héroes en todas las virtudes y sacrificios.

Recuerda cómo el militar pagano que estaba de centinela a la vista de los mártires de Tegaste sumergidos en el lago helado, cuando vio la corona que les esperaba en el cielo, no dudó en dejar la guardia y echarse en el lago para morir helado, en sustitución del tibio que salía al agua templada; quiso recibir la corona de gloria con los treinta y nueve que perseveraban, como de hecho murió con ellos y la recibió.

La idea viva que del cielo nos enseña la fe, absorbe y levanta el pensamiento y hace de la tierra cielo, y convierte la soledad y la celda en gloria anticipada, como con mucho agrado acabo de oírtelo y lo leo en los héroes de la soledad y de la penitencia. Aun con sólo ver o conocer algunos efectos extraordinarios del cielo se han convertido muchos y han recibido la fortaleza y la constancia para perseverar en el martirio o en la virtud de la oración, del recogimiento y de la difícil y continua penitencia.

El mismo Apóstol San Pablo es el gran convertido de repente y el transformado en el gran Apóstol de Jesús, cuando sintió los efectos del cielo.

Sabes cómo Santa Cecilia alcanzó del Señor que su esposo Valeriano viera el ángel que la acompañaba, y cuando Valeriano le vio y percibió las fra-

gancias del cielo, se convirtió, como también su hermano Tiburcio, y dieron la vida por Dios.

Cuando llevaban a Santa Dorotea para hacerla sufrir el martirio hasta morir, la encontró un filósofo pagano, y con irrisión la dijo que si le enviaba flores del cielo, donde pensaba ir, se convertiría y creería, y la santa mártir, apenas morir, le envió por un joven misterioso las rosas y los frutos del cielo, como lo había prometido, y el pagano se convirtió. ¿Y de dónde eran las flores tan hermosas y la imagen que en tiempo de invierno cogió Juan Diego en el Tepeyac por orden de la Virgen de Guadalupe para presentar al obispo Juan Zumárraga como señal milagrosa? Y los sencillos y analfabetos videntes de Fátima con la visión de la Virgen y del cielo recibieron la sabiduría de la virtud y la constancia de la penitencia.

El trocito de cielo que veía en su retiro el solitario le animaba para no abandonar su soledad y su vida de sacrificio. Como el premio del cielo y el amor de Dios son mi vida en esta celda y son la tuya en tu piedad.

En las vidas de muchos santos habrás encontrado muy numerosos casos semejantes a éstos, pues Dios los ha realizado con relativa frecuencia. Muchos santos nos dejaron escrito que vieron el cielo y no les era posible compararle con nada de cuanto conocían en la tierra, pero quedaron muy animados para toda virtud y para vencerse en todo por difícil



que les resultase y por mucho que les costara. Habrás leído lo que Santa Teresa sentía con la vista del cielo, según lo escribe ella misma: *Después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es..., digo..., que si me dijesen cuál quiero más: estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en la gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender más las grandezas de Dios, pues veo que quien más le entiende, más le ama y le alaba*<sup>3</sup>.

También San Jerónimo pensó mucho en el cielo en su soledad, y así escribe a la angelical Eustoquio, consagrada a Dios en Belén, que a veces parecía se encontraba entre los ángeles del cielo, sin darse cuenta si era en la tierra o era en el cielo. Bien se ve era en la tierra, que, si hubiera sido en el cielo, no era posible dejar de darse perfecta cuenta.

109.—También yo pienso mucho en el cielo y lo deseo, y me digo en mis sufrimientos como se decía un religioso: *Espera un poquito más, que luego tendrás toda la eternidad para gozar el premio de tus sufrimientos*. Mucho me anima este pensamiento, y, como te decía, me convierte esta celdita con su silencio en cielo anticipado en cuanto puede ser cielo en la tierra. Porque

3. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 37, 2-3.